



## UNA INVERVIÚ CON EL MAESTRO VILLA EL VIGESIMOQUINTO ANIVERSARIO DE LA BANDA MUNICIPAL DE MADRID

CÚMPLESE en estos días el vigésimoquinto aniversario de la fundación de la Banda Municipal madrileña, entidad artística a la que tanto debe la cultura musical de nuestro pueblo. El Ayuntamiento de la capital y organismos oficiales y particulares diversos han acordado rendir, con este motivo, homenaje de admiración y gratitud a la Institución benemérita, que cuenta por éxitos sus frecuentes actuaciones.

Deseosos de sumarnos a esta fervorosa exteriorización del afecto popular, hemos visitado al ilustre director de la Banda, el amable y cordialísimo maestro don Ricardo Villa, quien nos recibe con el agrado y la sencillez característicos de los verdaderos valores.

Nos hallamos en un despacho-estudio, amplio, de oscuros tonos. Un piano, un gran atril, papeles pautados, partituras... En un ángulo, un busto del maestro; en otro, una vitrina; en ésta, y colgadas también en las paredes, coronas de laurel con lazos e inscripciones. Por doquier, retratos, muchos retratos, algunos dedicados.

Don Ricardo Villa nos informa de que el acuerdo por el cual se creaba la Banda que dirige lo adoptó a fines de 1908 el Ayuntamiento de Madrid, presidido a la sazón por el conde de Peñalver. De la comisión que se nombró al efecto formaban parte los concejales don Luis Casanueva, don Carlos Prast y don Alfonso Senra. Terminada la labor de los comisionados y hecho el nombramiento de director, el maestro Villa tomó posesión de tal cargo el día 12 de Enero de 1909.

Se adquirió el material necesario y se ensayó por vez primera el 14 de Abril siguiente, y la Banda Municipal de Madrid actuó en privado el 2 de Junio de 1909, y dió su primer concierto público el día 14, en el paseo de Recoletos, obteniendo un triunfo clamoroso, ratificado luego invariablemente en veinticinco años de labor.

Preguntamos al señor Villa cuál es en la actualidad la remuneración de los componentes de la Banda, y si estima que es suficiente.

—Ahora—nos contesta—se ingresa con el sueldo anual de tres mil quinientas pesetas y cuatrienios de quinientas. Los solistas perciben, además, una gratificación de mil pesetas al año. Como comprenderá, estos sueldos no bastan para vivir con ellos, dadas las circunstancias en que nos hallamos, y están en evidente desproporción con el trabajo que ha de realizarse.

—¿Ensayan con frecuencia?

—Generalmente, cuatro o cinco veces a la semana.

—¿Es bueno el local?

—No; es deficientísimo. Pequeño, sin condiciones acústicas. Su única ventaja es la de ser céntrico. Está situado en la calle Imperial, en el último piso del Parque de bomberos. Este es un problema de difícil solución, porque el Ayuntamiento no dispone de ningún local apropiado en el centro de la capital. Cuando se creó la Banda, la comisión y yo anduvimos buscando una sala adecuada, sin lograr hallarla. La ca-

rencia de condiciones dificulta la labor, ya que no es posible distinguir con la claridad conveniente los sonidos en determinadas ocasiones. Reuna usted a cerca de noventa músicos en una habitación pequeña, y luego óigales interpretar las mismas páginas en Rosales, en el Retiro o en una Plaza de Toros: la diferencia llega a ser desconcertante.

—Es lógico—confirmamos—. Pero bien vale la pena que el Concejo, aun haciendo un sacrificio, resuelva el problema y habilite un local de ensayos digno de la categoría y el prestigio de la Banda.

El maestro Villa sonrío modestamente y calla; pero su silencio nos parece harto significativo.

—¿Son suficientes—continuamos—los elementos que usted acaudilla para el desarrollo de la obra emprendida? Me refiero, claro es, al número, no a la aptitud, que es bien conocida.

—Sí—contesta don Ricardo sin vacilación—. Son suficientes los ochenta y nueve profesores (uno más que al crearse la entidad); estoy convencido de que una Banda de esta índole no debe tener más de noventa; a lo sumo, de cien plazas. En mis numerosos viajes por Europa he oído a Bandas de doscientos, y aun de más de cuatrocientos componentes, y he podido convencerme de que el excesivo número constituye una equivocación. También es suficiente el material de que disponemos.

—¿Han actuado ustedes fuera de España?

—En Portugal, adonde fuimos en 1927 para tomar parte en unos festivales organizados a beneficio de los hospitales del país vecino. Dimos siete conciertos en Lisboa y dos en Oporto.

El rostro del ilustre músico se ilumina con una sonrisa gozosa. Cierra los ojos un momento.

—Fué algo apoteósico—dice, evocador, emocionado—. No puede usted imaginarse cómo se nos agasajó. En mi larga carrera de director no he visto nada semejante. Ovaciones, regalos, atenciones... Regresamos con tristeza por tener que abandonar aquella tierra, donde todos eran tan buenos para nosotros.

Hace otra pausa, y luego añade:

—Aparte de ese viaje a Portugal, la Banda no ha salido de España. En nuestro país hemos actuado centenares de veces fuera de Madrid. Y en todos los sitios se nos ha tratado con gran cariño, sin excepción.

—El pueblo de Madrid—decimos—sabe perfectamente cuánto debe al entusiasta esfuerzo de usted y de los profesores que dirige. Será interesante saber si usted está satisfecho de la labor realizada.

—Relativamente, sí. Claro que hubiera querido hacer más. He procurado incorporar a nuestro repertorio las obras más notables de compositores antiguos y contemporáneos, con criterio de absoluta imparcialidad, sin exclusiones sistemáticas ni apasionamientos. No soy partidario de los programas dedicados a un solo autor ni a una sola escuela. Hay que esforzarse en satisfacer al público; y en él hay preferencias diversas que pueden y deben coordinarse. Para conseguirlo hay que seguir una línea ecléctica.

—¿Qué preferencias (ya que alude usted a ellas) ha advertido en el público de Madrid?

—Es difícil contestar a esa pregunta. El público oye con gusto obras muy dispares, las aplaude con igual calor. Además, no es siempre el mismo público el que acude a los conciertos. Depende del lugar... y aun de la hora. Claro que, en general y aproximadamente, puede afirmarse que de músicos extranjeros prefiere a Beethoven, Wagner, Rimsky, Bizet... Y de los nuestros populares, Barbieri, Chueca, Chapí y Bretón. Repito que no puede precisarse más. Esta es mi impresión.

—Y las preferencias personales de usted.

El maestro anima el semblante. Sonríe con deleite.

—Me gusta toda la música buena. Me entusiasman Beethoven, Wagner, Schubert, Mendelssohn, Schumann, Bizet me enamora. Sus *suites* son maravillosas: sin artificio, sencillas, admirables. *Carmen* es una obra genial. Chapí me decía: «Mire, Villa: por firmar *Carmen* me dejaría cortar un dedo.» También me gustan Saint Saens, Verdi, Rossini, Puccini, Ravel, Debussy... De los rusos, todos. Y de los nuestros, Barbieri, Chapí, Bretón, Chueca... ¡Ah! Y mucho, Usandizaga... Conste que me gustan obras de otros compositores a los que no he mencionado... Sería no acabar nunca.

—¿Le deja mucho tiempo libre la Banda?

—Ninguno. Antes aun podía simultáneas su dirección con otras ocupaciones. Desde 1905 fuí también director de la orquesta del Teatro Real, pero actualmente absorbe la Banda toda mi actividad: los

ensayos, los conciertos y, sobre todo, el arreglo de partituras se llevan todo mi tiempo. Como cada Banda tiene sus características especiales, no basta con pedir a las Casas editoras «los papeles»; hay luego que adaptarlos, tarea que resulta abrumadora cuando se trata de obras de gran complejidad, como las de Wagner, por ejemplo.

—Es lástima—comentamos—, porque eso le impide dedicarse a cultivar su inspiración, querido maestro. ¿No compone usted nada?

—No. No tengo tiempo. Hice, como ya sabe, *Ramundo Lulio*, *El Crisío de la Vega*, *La Nazarita*, *Suite asturiana* y otras cosas. Ahora me dedico exclusivamente a la Banda Municipal. Pero crea que el sacrificio queda compensado con el afecto que el pueblo nos demuestra.

—Madrid les ha tributado homenajes, ¿no?

—Sí, varios; dos de ellos en el Retiro. Uno en 1921, siendo alcalde el conde de Limpías, y otro en 1929. Se nos ha obsequiado reiteradamente. Este admirable pueblo de Madrid nos trata con el mayor cariño.

El maestro sonrío, y con legítimo orgullo agrega:

—Yo soy madrileño.

Después, amablemente, va en busca de su levita de uniforme y nos muestra, prendida en ella, la medalla que en 1921 le fué otorgada a los componentes de la agrupación.

Dedicamos un recuerdo emocionado al gran clarinete señor Yuste, a quien una parálisis le arrebató su maravilloso arte, y otro a don Luis Ayllón, que dejó de pertenecer a la Banda Municipal de Madrid para dirigir la de Valencia. Recordamos también al flauta solista don José Martínez, excelente profesor, muerto hace años. Y nos referimos con afecto a nuestro común amigo Martín Domingo, trompeta de la Banda y compositor popularísimo.

—Tenemos muy buenos músicos—nos dice don Ricardo con satisfacción—. Hay en la Banda magníficos solistas.

—¿Qué ensayan ahora?

—Algo grandioso. Una gloriosa página de un gigante de la música: el final de *El caso de los dioses*, de Ricardo Wagner. Me ha costado mucho trabajo encontrar una tiple que lo cantase «como yo quería». Pero ¡la encontré! Estoy muy contento. Es una muchacha que no ha cantado aún en ningún sitio; ya la oírás usted y quedará encantado. Se llama Carolina Castillejo. Espero que triunfará.

Estrechamos la mano de este hombre cordial, simpático y sencillo. Y no sabemos si debemos felicitarle, como director de la Banda, por el homenaje que le tributa en estos días el pueblo de Madrid, o si es más lógico felicitar a ésta por su acuerdo de saldar con tributo de admiración la deuda de gratitud que con su Banda Municipal ha contraído en esos veinticinco años de cultura musical excelente.

LUIS ANTONIO LORENZO

Madrid, 2 de Junio de 1934.